

Do - Re - Mi

PUBLICACION SEMANAL

Cada semana una obra para piano y canto de los mejores autores. Lujosa y más elegante publicación que las que se venden a mayor precio



35 céntimos el ejemplar

Precio de subscripción:
4 PESETAS TRIMESTRE

Pago anticipado

Biblioteca Ilusión

Publicación Semanal

Núm. 80

25 cénts.



LOS MOSQUETEROS DE LA ALEGRÍA

por RICHARD HOLT

WORNE, Duke

BIBLIOTECA ILUSIÓN

Adaptación literaria de la película
(EASY GOING GORDON, 1925)
**LOS MOSQUETEROS
DE LA ALEGRÍA**

COMEDIA SENTIMENTAL QUE REFLEJA EL FEBRIL
DINAMISMO DE LA VIDA AMERICANA,
INTERPRETADA POR

RICHARD HOLT

Exclusivas PROCINE - Claris, 71 - BARCELONA



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
París, 204 - BARCELONA

Los mosqueteros de la alegría

PRIMERA PARTE

Quizá por haber visto desde niño como sus menores caprichos se veían satisfechos en el acto, por no haber tenido la más mínima contrariedad de esas que curten el alma y forman la voluntad, Gustavo Palmer, rico y elegante, en vez de un carácter recio y definido, era incapaz en absoluto de adoptar una resolución energética; carecía por completo de criterio.

Alicia Morton, su novia, había soñado siempre con que su prometido se pareciera a uno de esos héroes de las novelas que constantemente leía. Un hombre de temple, un caudillo dominador de masas, conductor de ejércitos... Pero se había enamorado de Gustavo, que no era ni una cosa ni otra, y la cosa ya no tenía remedio...

El día en que empieza esta narración, era para Gustavo el más feliz de su vida. Era nada menos que el día en que ceñía en el anular de su amada el anillo de prometida, la joya representativa de que, por fin, todas las promesas de amor acabarían en breve plazo en una realidad tangible.

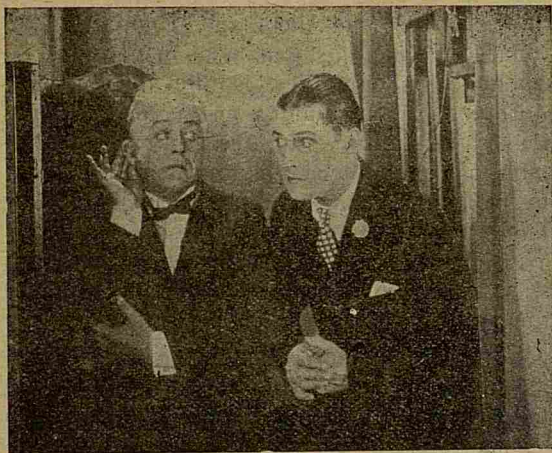
Y le ciñó el anillo, mansamente, suavemente, sin un beso ni una caricia, como si aquella operación transcendental fuera una de tantas cosas naturales que entran dentro del programa cotidiano...

Alicia miró la joya, la volvió a mirar una y otra vez acariciándola y sus labios se entreabrieron esperando la ofrenda que debía sellar el pacto de amor. Pero... Gustavo, no pareció enterarse y no pasó nada más. Es decir, sí pasó; pasó que Alicia que hasta entonces tenía de su novio un concepto muy diferente, comenzó a sentirse decepcionada.

Algunos días después los padres de Gustavo dieron una fiesta en honor de los novios, de aquellos novios que, desde el comienzo de su idilio sentíanse ya separados por la barrera de la decepción.

Eduardo Palmer y su esposa, alimentaban con respecto a su hijo un sólo deseo: que fuese en lo sucesivo más enérgico de lo que había sido hasta entonces.

Hallábase el salón lleno de invitados y Gustavo seguía sin comparecer. Su madre inquie-



El simpático Pedro oía, como su señorito, la conversación

ta por la tardanza del hijo, había mandado recado varias veces, pero el joven no se hallaba en sus habitaciones; ni al parecer en toda la casa.

—Es extraño que Gustavo no se encuentre aquí—exclamó la madre dirigiéndose a su esposo.

—En tratándose de nuestro hijo—respondió el señor Palmer—nada me parece extraño, querida.

En aquel instante penetró en el salón Jaime

Morton, padre de Alicia, que compartía con Eduardo Palmer las ganancias y pérdidas de sus negocios bursátiles. No llevaba el señor Morton ni cinco minutos en la casa, cuando divisó a su futuro yerno, que a la sazón se hallaba en la biblioteca. Gustavo tenía en aquellos momentos una honda preocupación: habíanle asaltado ciertas dudas sobre los diversos sistemas de nadar y no encontró mejor ocasión que aquella para documentarse sobre tan importante cuestión.

—¿Te desengañas Marta? Te desengañas ahora de que nuestro hijo no está del todo sano?—murmuró el señor Palmer al oído de su esposa—. Un joven que se encierra en la biblioteca en una noche como esta, no está en sus cabales.

Y la buena mujer, por toda respuesta, lanzó un suspiro de resignación.

Gustavo, mientras tanto, se abismaba en su estudio.

“La posición horizontal debe aprenderse antes que nada—rezaba el tratado que tenía entre sus manos—. Tan pronto como se haya aprendido este ejercicio, que es desde luego el más sencillo, cualquiera puede considerarse seguro. Por eso no cesaremos de recomendar esta posición...”

Acertó a pasar por delante del estudioso joven su criado Pedro y tuvo la mala suerte de

tropezar contra una de las piernas de su señorito.

Bandeja de copas y botella fueron a parar al suelo y el buen Pedro Judson, que más bien que criado era un amigo, quedó tendido boca arriba, cuan largo era.

—Ves, Pedro; acabas de hacer justamente lo que yo estaba leyendo, la posición horizontal, la más cómoda y la más segura. Te felicito porque tienes cincuenta probabilidades de no ahogarte.

Pedro miró a su señorito con aire estúpido, sin entender ni una palabra de cuanto le estaba diciendo y comenzó a recoger del suelo lo que poco antes era un magnífico servicio de champagne.

Todavía no había terminado el amable criado de verificar esta operación cuando penetraba en la estancia el acaudalado banquero Esteban Elvin, uno de los hombres más ricos e influyentes de la ciudad, que en calidad de invitado asistía a la fiesta.

El oro que a rebosar llenaba sus arcas le había dado a Elvin todo cuanto hasta entonces deseara. Todo, menos lo que con mayor ansia ambicionaba: el amor.

Y dábase la coincidencia de que el amor del afortunado Creso era nada menos que la lindísima Alicia, prometida de Gustavo.

Al saber ésta por su padre donde se encontraba su novio, abandonó el salón y fué hacia

la biblioteca, con ánimos de llevar a su prometido al bullicio de la fiesta.

Al entrar en la biblioteca, la hermosa muchacha dióse de manos a boca con Esteban. La linda joven no pudo disimular un mohín de disgusto, denotador del mal efecto que le causaba la presencia en aquel lugar de tan antipático sujeto.

El banquero, por su parte, conocía de sobras el carácter débil de Gustavo y decidido a obtener el amor de Alicia, fuera como fuese, trató de poner en el más espantoso de los ridículos a su prometido.

—Tengo que hablar con usted de un asunto muy importante Alicia. ¿Quiere que busquemos un sitio retirado?

—Si no se trata de un secreto de Estado puede decírmelo aquí mismo, señor Elvin.

—De un secreto de Estado precisamente, no, pero sí de algo que le interesa a usted muchísimo; y a mí tanto o más.

—Pues yo le ruego que me lo diga aquí mismo y cuanto antes.

Era cuanto deseaba el ladino. Así, pues, no se hizo rogar más, y comenzó en el acto su estudiada perorata.

—Ante todo, debo decirle—exclamó mirando a Gustavo con aire despectivo—que ha cometido usted un crasísimo error al comprometerse con ese pobre diablo de Palmer, que nunca será nada.



Si yo estuviera en su casa, me parece que ese señorito no volvía a su casa con las narices completas

—Si era ese el asunto que había de comunicarme, puede usted darlo por concluído, señor Elvin. En asuntos de mi corazón soy yo la única que debo decidir y no necesito consejos “interesados”.

A todo esto, el simpático Pedro, que ya había concluído de recoger los vidrios rotos, oía, como su señorito, la conversación y cabe decir que el fiel criado ardía en deseos de darle cuatro puñetazos al intruso. En cambio, Gustavo,

no parecía muy dispuesto a moverse de su asiento. Diríase que se hallaba pegado con cola.

—Si yo estuviera en su caso, señorito, me parece que ese caballero no volvía a su casa con las narices completas. Como me llamo Pedro Judson.

El banquero, como si con lo dicho no tuviese todavía bastante para hacer ver a la joven que su prometido era lo que en términos vulgares suele denominarse un gallina, cogió a la muchacha por el talle y le dió un beso largo y sonoro.

Alicia, logró desasirse, y, roja como una amapola, fué a buscar amparo al lado de su prometido.

—Entiendo, señor Elvin—manifestó Gustavo levantándose por fin—que no está bien que usted hable con tanto calor a mi prometida. Es una incorrección que...

Una estruendosa carcajada del banquero cortó las palabras del joven.

—Si no quiere que acabemos este diálogo a puñetazos, no se meta usted en mis asuntos, señor... Napoleón—repuso Elvin—sin dejar de reír.

—Tiene usted razón. Mejor será dejarlo.

Y luego, como si hubiese puesto una pica en Flandes con aquella resolución, exclamó dirigiéndose a su amada:

—Esto es lo que yo llamo corrección y tac-

to mundano. ¿No opinas tú lo mismo, Alicia?

—¡Opino que eres un cobarde!

Y la pobre muchacha, llorando de rabia, fué al salón al encuentro de su padre.

—Quiero irme a casa papá.

—Pero si todavía puede decirse que no ha comenzado la fiesta, hija mía. ¿Es que no te encuentras bien?

No... papá. No me encuentro bien.

—Entonces—intervino el señor Palmer—lo mejor será que la acompañe Gustavo... No prive a su padre del placer de la fiesta.

Un poco después, los cuerpos de Alicia y Gustavo iban juntos en el mismo auto, pero sus almas, caminaban en distintas direcciones.

—¡Déjate de niñerías, Alicia! Lo ocurrido no tiene ninguna importancia... Piensa que muy pronto vamos a casarnos y que seremos muy felices...

—¡Cuando yo me case será con un hombre y no con un vaso de horchata!

Dejemos a los novios continuando su coloquio, que por cierto nada tenía de encantador, y miremos hacia adelante, donde, a la luz proyectada por los faros del auto, podremos ver como dos distinguidísimos miembros de la cofradía de los cacos, ponían en práctica un plan maquiavélico, del que esperaban los mejores resultados. Los sujetos en cuestión, eran Carlitos Gorad y Roque Donnel, socios honorarios de la Liga contra la Propiedad.

—Con estas tachuelitas—decía uno de ellos depositando unas cuantas sobre la carretera—no hay auto que se resista.

Segundos después, el coche de Gustavo, sentía los efectos de los clavos sobre una de sus ruedas.

—¡Las manos arriba pollo!—exclamaron los rateros mostrando dos argumentos con cinco balas cada uno.

—¿Puedo saber quiénes son ustedes?—replicó Gustavo.

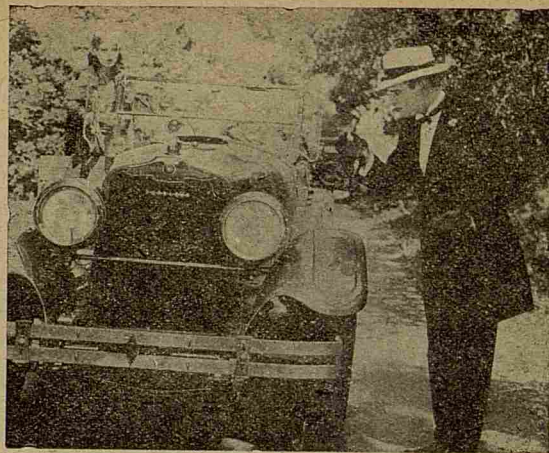
—Somos dos partidarios decididos de la limpieza pública, que esperamos limpiarles a ustedes los bolsillos.

SEGUNDA PARTE

Mientras que uno de los rateros encañonaba a la pareja con el revólver, el otro iba poco a poco apoderándose de cuantos objetos de valor llevaban encima de sus personas. Pulseiras, pendientes, cartera y monedero; todo pasó a poder de los ladrones sin que Gustavo osara oponerse.

Sólo al ver que aquellos desalmados se apoderaban del anillo de boda, sintió un estremecimiento interior, una sacudida tan violenta como nunca pudo imaginar. El hombre de acero, el alma fuerte y robusta que dormía en su interior sin que él mismo lo sospechara, despertó en aquel momento crítico.

—¡Yo creo, señores—exclamó por fin—que no hay derecho a hacer eso con una señorita!



Segundos después, el coche de Gustavo sentía los efectos de los clavos

—¡Nosotros somos los más fuertes, caballero, y tenemos derecho a todo!...

Iban a alejarse en el auto cuando se interpusieron los asaltantes.

—Lo sentimos de veras, señorita—manifestó uno de ellos con cínica sonrisa—, pero este coche se queda aquí... Si usted quiere volver a su casa, puede hacerlo a pie. No crea, el caminar es muy higiénico...

Aquella burla, acabó de exasperar a Gustavo, que con el robo del anillo había llegado al

colmo de la desesperación y mientras Alicia con los ojos llenos de lágrimas, marchaba carrretera adelante, él arrancaba el revólver a uno de los malhechores.

—¡Venga ese anillo! Esta joya lo representa todo para mí, y estoy dispuesto a recuperarla a cualquier precio. Así, pues, lo mejor será que me la devolváis por las buenas.

—¡Usted no sabe con quién está tratando pollo!—exclamó el otro compinche apuntándole con el arma.

—Los que no sabéis con quién tratáis sois vosotros, ¡canallas! ¡Ahora veréis quién soy yo!

Rápido como una flecha, arrojóse sobre el otro truhán sin darle tiempo para disparar y en menos que cuesta el decirlo, le asestó varios puñetazos que lo dejaron a dos dedos de perder el juicio.

Desarmados, ante aquella máquina de repartir golpes, los dos granujas pusieron pies en polvorosa. Pero la ira parecía poner alas en los pies de Gustavo, y al cabo de pocos minutos, ya había conseguido darles alcance.

—¡Venga ese anillo, cobardes!

Y al par que tal decía, acompañaba sus frases de recios e ininterrumpidos puñetazos.

Ni Carlitos ni Roque, estaban muy decididos a soltar su presa, que si buenos golpes les costaba, buenas pesetas les valdría y aprovechando un descuido de Gustavo, emprendieron otra vez veloz carrera.

Nuevamente los alcanzó el joven y nuevamente volvió a conminarles con sus razonamientos, que por lo pesados y bien dirigidos, no dejaban lugar a dudas.

—Lo mejor será que le entreguemos todo a ese pollo “pera”—dijo Carlitos—porque sino, no nos va a dejar un hueso sano. ¿No te parece?

Y Roque, que había recibido una cantidad de “tortas”, como para poner una panadería, a regañadientes, claro está, entregó una por una todas las alhajas robadas.

—Les agradezco en el alma me hayan robado, jóvenes, gracias a ustedes he descubierto que hay en mi un hombre nuevo...

Los rateros, como no sabían lo que Gustavo quería decir, al oír sus extrañas palabras quedaron mirándole con la boca abierta.

—Sí, señores, sí; se lo agradezco con toda el alma. Algún día nos encontraremos y trataré de devolverles el gran favor que me han hecho.

—¡Habrás sinvergüenza!—murmuró Carlitos al oído de su amigo—. Este individuo es más fresco que nosotros. ¡Pues no dice que nos lo agradece!... Si no llega a tenérselo que agradecer, nos deja la piel, como para llevarla a un almacén de curtidos...

—Y que lo digas compadre—le replicó el “socio”—. Tengo este costado que no sé si es mío o de mi abuela que en paz descanse.

Entre tanto Alicia, devuelta en su casa, reflexionava sobre lo sucedido.

—¡Pensar que es un cobarde... y que le amé!—decía la pobre chiquilla sin poder desechar de su mente la imagen del amado.

La regeneración de Gustavo fué un secreto para todos, menos para él.

Al día siguiente, el señor Morton, puesto por su hija en antecedentes de todo lo sucedido, se trasladó a casa de sus amigos, dispuesto a devolverles la palabra.

—Yo quisiera, amigo Palmer, que se hicieran cargo del sacrificio que para mi representa dar semejante paso con ustedes... unos amigos de toda la vida, pero reconozco que mi hija tiene sobrada razón para romper sus relaciones con Gustavo.

—Pensamos exactamente lo mismo que usted, querido Morton... Lo que sentimos, es, que su hija no se haya fijado antes. Así nos hubiéramos evitado el tener que dar ahora esta campanada...

En las habitaciones de Gustavo, desarrollábase mientras tanto una escena por demás interesante entre éste y su criado.

—Tengo que darte una noticia formidable, Pedro. ¡Voy a trabajar!

Una bomba que hubiese caído a sus pies, no le habría hecho al ayuda de cámara mayor impresión.



—¡Venga ese anillo, cobardes!

—No abras la boca que no es para tanto. Hasta la fecha, no he hecho otra cosa que derrochar tiempo y dinero, pero he descubierto que soy todo un hombre y quiero trabajar.

—¡Bendito sea Dios! Si no es indiscreción, ¿puedo preguntar al señorito a qué clase de negocios piensa dedicarse?

—¡Hombre!... ¿Sabes que todavía no se me había ocurrido pensar en eso?... ¿A qué te parece que podríamos dedicarnos?

—Yo señor...

—Piensa algo mientras yo voy a ver a mi padre.

Al llegar a la puerta del despacho Gustavo percibió el rumor de varias voces y paróse a escuchar, tras el portier.

—¿Qué quiere usted que yo haga, señor Morton? Lo único que puedo hacer y lo haré, es desheredarlo...

—¡Me parece papá—decía Alicia con voz destemplada—que has hecho muy mal en venir a contar lo sucedido al señor Palmer!

—¿Por qué? Es mi hijo y ha hecho muy bien en decírmelo, para ver si puedo hacer de él un hombre digno de provecho y estimación. Voy a...

Pero el señor Palmer, no pudo acabar su frase. En aquel mismo instante, Gustavo, juzgando sin duda que ya había oído bastante, penetró en la estancia.

—¿Qué sucede? ¿Cómo es eso discutiendo tan temprano?

—¡Alicia nos lo ha explicado todo!...—murmuró la madre con acento compungido.

Y Gustavo, como si la hablaran de la luna, encogióse de hombros por toda respuesta.

—¡Basta ya de hipocresías!—clamó airado el señor Palmer—¿Qué tienes que decir de tu incalificable conducta de anoche?

Gustavo, sacó las joyas robadas y una a una las fué poniendo encima de la mesa, con el consiguiente asombro de los circunstantes.

—¡Todo está aquí menos el anillo... y ese, se ha ido para siempre Alicia! Quedas, pues, enterada de que no soy ningún cobarde. ¡Que ustedes lo pasen bien!

Y luego, dirigiéndose a su madre añadió:

—A tí no necesito explicarte nada mamá... Una madre lo comprende todo.

Al salir, encontróse con su criado Pedro, que con una maleta en la mano, parecía dispuesto a acompañarle.

—¿A dónde vas, Pedro?

—Con usted.

—¡Imposible! Cuento con cuatrocientos dólares por todo capital. En estas condiciones, comprenderás que no puedo permitirme el lujo de tener servidumbre..

No debieron convercer a Pedro las razones de su señor, por cuanto tres horas después, caballero y escudero, caminaban a la ventura por las calles de la capital.

Casi podían asegurar que no habían pasado por delante de una puerta sin pedir trabajo y en todas partes habían encontrado nada más que una mediana acogida.

—¿Sabes, Pedro, que estoy viendo que aquí cuando uno va a pedir trabajo parece que vaya a robar?

En estas razones estaban, cuando acertaron a pasar por delante de un charlatán callejero.

—¡Este mundo—decía el sacamuélas—se está convirtiendo en un manjar bueno para los

perros! ¡Yo se lo digo a ustedes! ¡El Universo entero es un valle de lágrimas! ¡Lo que se necesita es eliminar las lágrimas en vez de hacerlas brotar! ¡El hombre que pueda librar a la humanidad de sus dolores y pesadumbres, además de convertirse en héroe, se hará millonario!...

—¡Ya está, ya lo tengo Pedro! ¡Este buen hombre me ha dado la idea!

—¿Qué va usted a hacer, señorita?

—Nada; hacernos ricos. ¿Te parece poco?

Dió la casualidad de que entre el grupo de los que escuchaban al orador hallábanse Carlitos y su compinche. Verlos Gustavo y correr hacia ellos como una centella, fué una misma cosa, pero como los tales no se hallaban dispuestos a recibir una paliza igual a la del día anterior, procuraron poner por medio el máximo de tierra posible.

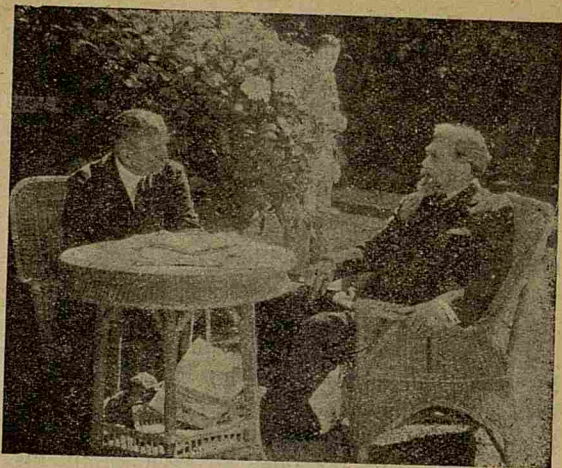
—¡Alto, jóvenes! ¡Deténganse que se me ha ocurrido una idea feliz!

—Le aseguro—replicó Carlitos—que no hemos robado nada...

—Necesito que ustedes se asocien conmigo para un negocio muy importante. Nada de robo, desde luego.

—¿Cómo? ¿Tendremos que trabajar? ¡Iluso!

—¡Ya lo creo que trabajaremos! Vamos a enjugar las lágrimas de la ciudad entera; y no precisamente por filantropía, sino por buenos billetes...



Al día siguiente el señor Norton se trasladó a casa de sus amigos

Al día siguiente aparecía en los periódicos de la ciudad un anuncio que por los términos y forma en que se hallaba redactado, llamó la atención de todos sus habitantes.

LOS MOSQUETEROS DE LA ALEGRÍA

Nosotros suprimimos del mundo el dolor y la pesadumbre. Somos los heraldos de la alegría. ¿Sufre usted? ¿Le aqueja alguna pena? ¿Tiene alguna contrariedad? ¡Venga a visitarnos! ¡Cambiamos sus lágrimas en risas!”

Eran las tres de la tarde y todavía no había logrado ningún cliente. El negocio no comenzaba tan bien como se habían propuesto. A eso de las tres y media compareció el primer afligido. Su llegada fué recibida por los reunidos con el entusiasmo que es de suponer.

—Necesito que me abran mi caja de caudales, señores. Está cerrada y no me acuerdo de la combinación.

Carlitos se adelantó:

—El abrir cajas de caudales es mi especialidad, caballero. Eso sí, un poquito caro... Tendrá usted que abonar cincuenta dólares por adelantado.

Diez minutos bastaron a Carlitos para realizar su operación, sin más herramientas que una simple horquilla... Y es que para esas cuestiones el tal muchacho era una verdadera joya...

El segundo cliente fué el cobrador de la casa de muebles. Y a este lo “despacharon” aun más pronto que al otro. Como que lo despacharon con cajas destempladas...

Y tras éste llegó el tercero: Era nada menos que nihilista ruso, portador de una bomba de reloj con encargo de que se la entregaran al señor Alcalde, en propias manos. Excusado es decir que el cliente y el encargo salieron por el balcón.

A la misma hora, Elvin, enterado de la desaparición de Gustavo iba a ver a su adorada

con la esperanza de que ésta acabaría por decidirse.

—¡Déjese de guardar ausencias, Alicia!... Gustavo ha desaparecido y...

—¡Y yo le quiero aun más que antes, de modo que no insista porque está haciendo el ridículo!

—Me río yo de su romanticismo, señorita... ¡Si el padre de Gustavo fuera un pobre quizá pensara usted de muy distinta manera!

—¡Le prohibo a usted que me siga insultando y si no quiere salir violentamente le ruego que se vaya!

—No olvide usted—dijo el banquero al salir—que yo la amo de corazón y que me siento capaz de todo por lograr que usted sea mía...

Entre tanto Palmer y su socio sostenían en el despacho una animada conversación de negocios.

—Le digo a usted, Palmer, que estamos a salvo de una nueva emisión de valores de la Compañía Eléctrica Independiente.

—A salvo... sí... siempre que pueda yo obtener la mayoría de los votos de los accionistas... Si otro se nos adelanta estamos perdidos.

—Hablaban ustedes de algo interesante—interrumpió Alicia—. He visto que Elvin se ha parado a escuchar. Y por los gestos que ha hecho creo que debe tramar algo... Algo que no sé lo que es.



El desaprensivo banquero no contaba con la huésped...

—Tenemos que ir a ver a los accionistas antes que él se nos eche encima.

—Imposible, amigo Morton. Andan cada uno por su lado...

—¿Y si fuéramos a encontrar a esos Mosqueteros de la Alegría que dicen resolverlo todo?

Regresaba Carlitos de su encargo cuando vió un pobre hombre que muerto de cansancio pugnaba en vano por hacer andar su auto. No le quedaba ya ni un tornillo por reparar.

El avisgado muchacho vió que el auto no tenía bencina y se acercó al automovilista.

—Si me da un dólar le pongo el coche en marcha.

—Aunque sean dos.

—Póngale bencina—exclamó guardándose los dos dólares.

Casi al mismo tiempo que él, llegaron a la oficina Palmer y Morton con la lista de los accionistas. Gustavo se escondió tras un biombo y Pedro ocultóse tras la mesa, cubriéndose en parte con la papelera.

—¿Podrían ustedes buscar los accionistas que figuran en esta lista y arrancarles los votos? Si obran en nuestro poder antes de la noche hay cinco mil dólares a ganar.

Los dos granujas que en su vida se las habían visto más gordas, quedaron perplejos. Afortunadamente, Gustavo, desde detrás del biombo, les escribió, con una tiza, en la persiana:

“Aceptado el trabajo, Traigan dólares”.

Al salir Morton y Palmer penetró Elvin, con unos cuantos hombres a sus órdenes, armados de pistolas.

Sabemos a qué han venido esos señores—dijeron—, pero como alguien de ustedes se atreva a salir es hombre muerto.

—Gustavo cogió la lista y antes de que Elvin pudiera impedirlo, salió disfrazado por la ventana.

Renuncamos, ante la imposibilidad material de reseñarlos, a describir una por una todas las aventuras ocurridas a Gustavo durante la persecución de los accionistas.

Volvemos a la oficina de “Los Mosqueteros” cuyas puertas acaba de franquear Alicia, presa de la mayor desesperación.

—Me han dicho que ustedes lo encuentran todo, señores; si son capaces de encontrar el original de este retrato—exclamó mostrando el de Gustavo—y de traerlo a mi presencia, se ganarán diez mil dólares.

—¡Diez mil dólares! ¡Por Dios, señorita! Por diez mil dólares somos capaces de encontrar una hormiga en un barril de tinta, o una picadura de mosquito en la epidermis de un elefante.

Y he aquí como los restantes “Mosqueteros de la Alegría” se convirtieron en la sombra de Gustavo.

Este en aquellos momentos acababa de saber que Daniel Stanton, el primero de la lista, propietario de varios ferrocarriles eléctricos, acababa de partir en su coche particular. Rápido como una centella, logró darle alcance con un auto y siguió en busca del segundo.

Para conseguir a éste le fué necesario tomar un aeroplano. Había tenido nada menos que la humorada de salir a dar una vuelta en dirigible. Gustavo se descolgó del aparato con ayuda de un paracaídas y con la ayuda de



*Cogiéndolo por un brazo lo puso de patitas
en la calle*

Dios también, ya que de otro modo hubiese sido imposible, logró llegar hasta la barquilla de la aeronave.

El tercer accionista no era menos inquieto. Ansioso de viajar como los demás, acababa de tomar un barco con rumbo a la India. Corrió Gustavo con su auto y pudo llegar a la desembocadura del puerto antes de que el buque la franqueara. Al verlo ya cerca se tiró al agua y subió por una escala de gato.

—¡Caramba, muchacho! ¿Por qué no has

venido a verme a mí el primero? Te hubieras evitado todas esas carreras y la mojadura, ya que me habrías cogido todavía en mi casa. En fin, toma mis votos y vete tranquilo que yo sólo tengo más acciones que el resto de la compañía.

—¡Ah! y dile a tu padre—repuso el buen hombre al ver partir a Gustavo—que ya sabe que todos mis votos son siempre para él.

Al llegar a la orilla, el arrojado joven encontróse con sus “socios” que ya le esperaban.

—¡Tengo todos los votos muchachos!

—Y nosotros le tenemos a usted.

—Pero yo ya no vuelvo hoy por la oficina.

¿No véis como voy?

—¡Ya lo creo que vuelve! ¡No faltaba más!

Y los dos pilletes le metieron un saco por la cabeza llevándose lo después al auto. Poco después llegaban a la puerta del despacho. Por la escalera, delante de ellos, subían Morton y Palmer. Pedro, al verlos entrar, metióse otra vez tras la mesa, cubierto con la papelera.

—Es extraño—decían los bolsistas—que no haya nadie. ¿Nos habrán engañado?

Entre tanto Carlitos y Roque desde una habitación contigua telefoneaban a Alicia que cinco minutos más tarde llegaba a la oficina encontrándose en ella a su padre.

—¿Trae usted el cheque, señorita?—dijeron los golfos penetrando con el saco a cuestas.

—Tengan.

—Entonces aquí tiene el original; no está muy presentable, pero...

—¿Traen ustedes el cheque?—exclamó a su vez Gustavo saliendo de la talega y dirigiéndose a su padre y a Morton—. Yo por mi parte aquí tengo los votos.

—Vengan esos votos o disparo!—gritó Elvin amenazando con una pistola.

El desaprensivo banquero no contaba con la huésped: Y la huésped en este caso fué Pedro, que tirándole la papelera a la cara y cogiéndolo luego por un brazo, lo puso de patitas en la calle.

Al ver la cara de extrañeza que ponían los suyos, Gustavo les explicó las causas que le habían inducido a montar tan extraordinario negocio y los sucesos que durante el día le habían ocurrido.

—¡Aquí tienes a mi hija Gustavo!—exclamó emocionado Morton—¡Llévatela que eres todo un hombre!

Y los dos enamorados, estrechamente unidos, salieron de la oficina de "Los Mosqueteros", seguidos de los demás, en busca de un pastor de genio que fuera capaz de casarlos enseguida.

FIN

Biblioteca ENCANTO

Recomendable para la juventud y familias por su interés y moralidad.

TOMOS PUBLICADOS

- 1 *Yo soy como la manzana*, por Clovis Eimeric.
- 2 *Amor que no muere*, por Alonso Vaugneray, traducción de Ricardo Prieto.
- 3 *¿Dónde hallar un novio?*, por Clovis Eimeric.
- 4 *La venganza del amor*, por Antonio Guardiola.
- 5 *El heroico don Juan*, por Clovis Eimeric.
- 6 *Corazón dormido*, por Ricardo Prieto.
- 7 *Zapato que yo me quito...*, por C. Eimeric.
- 8 *Agua mansa*, por Ricardo Prieto.
- 9 *La novia del asesino*, por Clovis Eimeric.
- 10 *Corazones unidos*, por Pedro Nimio.



Precio: 60 céntimos

Poesía Postal

POR
DIEGO DE MARCILLA



Versos
para es-
cribir toda
clase de
postales



Precio: 1,25 pesetas